

damentales de la civilización, faltan. La moral y la virtud, que son inherentes a este grado de cultura, tampoco pueden existir sino por rarísima y milagrosa excepción. Tal es el caso de nuestra gente inquilina.

Cuando se habla de la ignorancia del pueblo, de sus vicios, no se dice sino a medias una triste verdad, verdad cuyas dos faces se perciben claramente desde este pequeño mirador de la escuela rural: una, que el pueblo nuestro vive en la barbarie y, por lo tanto, carece de todas las virtudes inherentes a la civilización, y la segunda: que la clase dirigente, en cien años que lleva gobernando el país, no ha podido o no ha querido incorporarlo a la civilización.

EL ESFUERZO

SE compara a menudo la situación del obrero nuestro, del trabajador agrario, con sus congéneres de Francia, Inglaterra, los Estados Unidos. Pueden semejarse en algunos rasgos, menos en uno fundamental: la clase pobre de esos países está dentro de la vida civilizada. En sus hábitos, en sus costumbres, en su manera de vivir, son unos con la clase culta. Les puede separar un accidente: el dinero; no les divide un abismo: el que va de la barbarie a la civilización.

Sin embargo, esos pueblos no están en la situación que ocupan por un milagroso azar: su cultura doméstica, social y espiritual es la obra del esfuerzo. Se han necesitado de decenios y decenios de instrucción obligatoria, de múltiples leyes protectoras del obrero, de la mujer y del niño, de propagandas tenaces en favor de su mejoramiento, del esfuerzo, en una palabra, del esfuerzo combinado y colectivo de las clases trabajadoras, de los gobiernos, las instituciones y los particulares.

Cuando uno oye a hombres de posición y de influencias indignarse ante los vicios del pueblo, uno se siente tentado a preguntar a quienes así lo increpan: ¿qué ha hecho usted, dueño de fundo, hombre de fortuna, de cultura y de prestigio; qué ha hecho usted por mejorar la suerte del pueblo, por incorporarlo a la vida civilizada, por ahorrar a su patria días de rencores y de violentas reivindicaciones?

Los que se asustan ante el bolshevismo hipotético de hoy, deberían tranquilizarse pensando que el mejor medio para que el pueblo no pida imposibles es enseñarle a discernir, es educarlo, es ampararlo con leyes justas, es darle una situación pecuniaria que le permita llevar la vida a que todo ser humano civilizado tiene derecho. El maximalismo en agraz no se combate cerrando los ojos a la verdad; se

podría eliminarle hoy mismo mediante las leyes sociales que necesitamos con tanta urgencia, mediante el convencimiento inculcado en todos, especialmente en los miembros de nuestra clase rica, que el mejorar la suerte de los inquilinos no es sólo un deber altruista, es una conveniencia nacional y hasta individual; porque los vicios populares de que hoy se quejan los productores porque dificultan y entorpecen el trabajo, son consecuencia de la barbarie en que vegeta el pueblo, de la ausencia de condiciones económicas justas, de la falta de educación, factores todos que en otro tiempo existieron en esos mismos países que hoy se nos presentan de modelo y que fueron mejorados por el esfuerzo colectivo de la nación entera. ¿Y por qué no podríamos nosotros en estos críticos momentos de hoy llevar a cabo un esfuerzo semejante?

Cuando el estadista inglés Lloyd George pedía de los Comunes las leyes de seguro obrero, demostró con estadísticas y con documentos recibidos

de Alemania, país en que el seguro estaba ya implantado, que los gastos que la ley demandaba, tanto del Estado como de los patronas, los veían éstos mismos, compensados con creces en el aumento productivo del obrero, que mejoraba mecánicamente su rendimiento con su mayor bienestar. Otro tanto puede decirse de casi todas las leyes sociales modernas. Comienzan por parecer tan sólo altruistas, concluyen por probar que también son convenientes. Y no puede ser de otro modo, porque si la suprema y final aspiración del ser humano es la bondad y la justicia, es lógico que en ellas encuentre el medio más propicio para el desarrollo de todas sus potencias.

AMANDA LABARCA H.

(*El Mercurio*. Santiago de Chile, 26 de octubre de 1919).

Envío de la señora Etelvina F. de Vigil, que nos dice en carta: «Y a propósito de esto le mando ese precioso artículo de la que es, a mi parecer, la mujer más culta e inteligente que escribe ahora en Chile».

Notas de una travesía oceánica

ANTES de poner pie a bordo, hemos medido, desde el muelle, la magnitud del trasatlántico, comparando mentalmente su poder de resistencia con el poder de destrucción del próximo océano. Tranquilizados por el cálculo, a la vista del poderoso buque, hemos cruzado valientemente la plancha y nos hemos encontrado sobre la vasta cubierta. En tierra se queda todo nuestro mundo cotidiano y circundante, las luchas y los afectos, los bienes y los males de la sociedad creada en torno, como una piel de que súbitamente nos despojamos. Una travesía oceánica brinda al individuo la máxima oportunidad de encontrarse a sí mismo. ¿Pero son muchos los hombres que necesitan buscarse?

EL DELEITE

DE LA IRRESPONSABILIDAD

SUeltas las marras, y una vez en franquía, hemos abdicado alegremente de nuestra personalidad de hombres que aspiran a ser libres. Nos hemos dado por entero a un autócrata, al capitán del buque, y no hay cuidado de que nadie conspire contra su poder ni siquiera discuta sus actos. Puede llevarnos a puerto y puede llevarnos a la muerte, pero nuestra confianza y nuestra renuncia son ilimitadas y gozamos inmensamente con la conciencia de la irresponsabilidad. La democracia—el celo y el sentimiento de responsabilidad de todos—es sólo una

salvaguardia contra los capitanes ineptos o vesánicos. Si los grandes, los verdaderos capitanes de hombres naciesen con un signo visible, con qué placer nos entregaríamos a ellos y nos dejaríamos guiar tuteladamente, sin temores ni remordimientos liberales. La inmensa mayoría de los hombres, los pueblos, no quieren el poder por ambición de dominio; antes al contrario, lo juzgan como una carga onerosa y están deseando hallar el hombre que la codicie sin peligro para el resto. Pero la navegación por el océano social es todavía una ciencia imperfecta y es preciso que el mando se otorgue por elección, no por renunciación, como en la náutica primitiva. La democracia es la ruta de la aristocracia y, si se nos apura, de la autocracia; pero antes hay que barrer estos tipos de autocracia y de aristocracia usurpadoras que nos llevan casi siempre al acantilado y rara vez a segura bahía.

EL EMPEQUEÑECIMIENTO DEL MAR

LA inmensidad del mar es un tópico destruido por la moderna técnica náutica. Un primer viaje oceánico, una primera impresión de un mar cercado por un horizonte que parece no poder alcanzarse nunca, todavía sugiere emociones de entusiasmo, algo así como una embriaguez cósmica. Pero una modesta familiaridad con las rutas oceánicas quita al mar toda grandeza dramática. Para un navegante novel,